



VII

Marcha de noche á través del campo.

En el primer momento no corrió. No quería que conociesen que iba fúgado.

Por el contrario, llevaba un paso de paseante desocupado é indiferente, con ojo avizor.

eso sí, y con las piernas dispuestas á una carrera prodigiosa. Pero á medida que se acercaba al boulevard Haussmann, grandes ganas de echar á correr lo empujaban, y su paso iba haciéndose más largo á pesar suyo, á medida que su impaciencia por llegar se aumentaba con una inquietud terrible.

¿Qué iría á encontrar en el boulevard? Tal vez la



puerta cerrada. ¿Y si Hirsch y Labassindre se habían equivocado? ¿Y si su madre no hubiese vuelto? ¿qué iba á ser de él? La alternativa de volver al colegio después de su escapatoria, no se le ocurrió siquiera. Si hubiese pensado en semejante cosa, el recuerdo de aquellos golpes sordos y de aquellos quejidos que durante toda una tarde había oído en el cuarto, en el cual el mulato y Madú estaban encerrados, lo hubieran llenado de espanto y lo habría hecho variar de propósito. . . .

“¡Ahí está!” se dijo el niño con un transporte de alegría, al ver desde lejos todos los balcones y ventanas del hotel abiertos, y la puertas de la calle abiertas de par en par, como cuando su madre iba á salir. Echó á correr para llegar antes de que saliera el coche. Pero al llegar al vestíbulo, parecióle extraordinario el aspecto de la casa.

Estaba llena de gente, de animación.

Bajaban muebles, butacas, sofás, cuyas telas de color delicado, hechos para la semiclaridad del gabinete, parecían desteñidas á la luz de la calle. Un espejo con marco adornado de amorillos, se apoyaba sobre la piedra fina de la entrada, mezclado con jardineras marchitas, cortinajes descolgados, una araña de cristal de roca. Mujeres elegantes circulaban por la escalera, y sobre la mullida alfombra sus menudos pies se cruzaban con los gruesos zapatones de los mozos de cuerda que bajaban cargados de muebles.

Jack, estupefacto, subió mezclado á toda aquella gente, y costóle trabajo reconocer la casa: de tal suerte aparecían todas las habitaciones confundidas por el desorden de sus muebles, llevados de un lado á otro, fuera

de su sitio, desapareados y todavía nuevos. La gente abría los cajones vacíos, daban golpecitos en la madera y en las sillas, miraba en torno suyo con aire impertinente, y alguna vez, al pasar por delante del piano, una mujer elegante, sin detenerse ni quitarse los guantes, hacía sonar las teclas. El niño creía soñar, al ver su casa invadida por aquel gentío, en el cual no conocía á nadie, y para el que pasaba inadvertido como otro extraño cualquiera.

¿Dónde estaba su madre?

Quiso entrar en el salón; pero la muchedumbre se apiñaba allí, mirando una cosa que había en el fondo de la habitación, y Jack, demasiado bajo para poder distinguir nada, oía cifras pronunciadas en voz alta y golpes dados por un martillo encima de una mesa.

“Una cama de niño con dosel, dorada y capitonada! . . . .” Jack vió pasar por su lado, entre dos gruesas patas negras, la camita que su “Buen Amigo” le había regalado, y en la cual había tenido sus sueños más deliciosos. Quiso gritar: “¡Esa cama es mía! ¡No quiero que se la lleven! . . . .” pero le contuvo la vergüenza: y allí estaba, estúpido, errante, perdido, buscando á su madre por todas las habitaciones en la confusión de aquella casa abierta á todo el mundo, donde entraba el tumulto del boulevard y su luz resplandeciente, cuando sintió que lo cogían del brazo:

—¡Cómo, señorito Jack! ¿no está usted ya en el colegio?

Era Constancia, la doncella de su madre. Constancia, engalanada con un sombrero adornado con cintas color de rosa como el de las acomodadoras de teatro, muy colorada, muy atareada, y dándose mucha importancia.



—¿Dónde está mamá? le preguntó el niño en voz baja y con acento tan emocionado y ansioso, que la factótum no pudo menos de conmoverse.

—La madre de usted no está aquí, pobre hijo mío.

—¿Dónde está?... ¿Qué sucede?... ¿Quiénes son todas esas gentes?

—Personas que han venido á la subasta. Pero no se esté usted aquí, señorito Jack. Bajemos á la cocina.... Allí hablaremos mejor.

Había gran tertulia en el sótano. Agustín, la cocinera, y criados y criadas de la vecindad. El Champagne circulaba que era un gusto por la grasienta mesa, alrededor de la cual se decidió cierta noche el porvenir de Jack. La llegada del niño produjo sensación; fué rodeado, mimado, por el antiguo personal de la casa que, después de todo, sentía quedarse sin un ama fácil de contentar, y que se cuidaba poco del despilfarro que ellos hacían. Como temía que lo volviesen á llevar al colegio Jack se guardó mucho de decir que se había escapado, y habló de un permiso imaginario que había aprovechado para venir en busca de noticias de su madre.

—No está aquí, señorito Jack, dijo Constanca con aire discreto, y no sé si debo....

Y luego, á impulsos de un buen sentimiento:

—¡Qué demonio! ¡Tanto peor! ¡No hay derecho para ocultar á esta criatura dónde está su madre!

Entonces le dijo á Jack que la señora vivía en un pueblecillo de los alrededores de París que se llamaba Etiolles. El niño se hizo repetir varias veces aquel nombre, Etiolles.... Etiolles.... y de ese modo lo fijó en la memoria.

—¿Está muy lejos de aquí?, preguntó negligentemente.

—Ocho leguas largas, contestó Agustín.

Pero la cocinera, que habia estado sirviendo algún tiempo en Corbeil, regateó algunos kilómetros. Siguió á esto una larga discusión acerca del camino que habia que tomar para ir á Etiolles, discusión que Jack escuchó muy atentamente, porque estaba ya resuelto á hacer solo y á pie aquel largo viaje. Había que pasar por Bercy, Charenton, Villanueva de San Jorge; allí se tomaba á la derecha, y tomando la carretera de Lyon para tomar la de Corbeil, se seguía por la orilla del Sena y el bosque de Senart, hasta llegar á Etiolles.

—Eso es—decía Constanca.—La señora vive muy cerca de un bosque.... una bonita casa que tiene encima de la puerta un letrero en latín.

Jack abría mucho los oídos, procuraba retener todos aquellos nombres, sobre todo el del lado de París por el cual debía salir, Bercy, y el del pueblo á donde iba Etiolles. Esto constituía en su espíritu los dos puntos luminosos, entre los cuales se extendía un camino largo y obscuro, abierto en lo desconocido.

La distancia no le asustaba: “Andaré toda la noche, se decía.... Por pequeñas que sean mis piernas, bien podrán andar ocho leguas en todo ese tiempo.”

Luego, en voz alta, añadió: “Vaya, me voy.... Tengo que volver al colegio....” Una cosa le faltaba que preguntarle todavía, una pregunta que por anticipado le quemaba los labios. ¿Estaba D’Argenton en Etiolles? ¿Iría á encontrar entre él y su madre, aquella influencia que le parecía tan fuerte?... Pero no se atrevió á preguntárselo á Constanca. Sin conocer con precisión



la verdad, comprendía que aquel era el lado poco honroso de la vida de su madre, y no habló de ello.

—¡Vaya, adiós, señorito Jack!

Las criadas lo besaron, el cochero le dió un apretón de manos; y después se encontró solo en el vestíbulo, entre el desorden del final de la subasta, y las disputas de los mozos que reñían por quién había de llevar los muebles á los compradores.

Sin detenerse ante aquel inexplicable desbarajuste, mientras el nido á donde había ido á buscar auxilio se desbacia por completo, el niño solitario, puesto en mitad del arroyo por la dispersión de aquel hogar aventurero, emprendía el largo viaje que debía aproximarle á su único protector.

¡Bercy!

Jack recordaba haber estado allí poco tiempo antes, con Moronval, cuando andaba buscando á Madú. El camino no tenía pérdida; no había más que buscar el Sena y seguir sus orillas, subiendo siempre. Verdaderamente estaba lejos ¡oh! muy lejos; pero el miedo de caer otra vez en manos del mulato le hizo recorrer rápidamente aquella distancia. A cada instante, una nueva angustia le hacía apretar el paso.

Ya eran las anchas alas del sombrero de Moronval, cuya sombra parecía dibujarse en una pared; ya el andar apresurado de alguien que lo perseguía de cerca. La mirada inquisitorial de los agentes del orden público lo aterraban, y aun entre el barullo de París, entre el rodar de los coches, las conversaciones de los transeuntes, ese resoplido continuo de una gran ciudad bulliciosa parecía oír á cada paso estas palabras, mil veces repetidas: “¡Detenedlo... detenedlo!...” Para huir

de esas obsesiones, bajó del camino y se puso á correr cuanto podía por el estrecho pretil que bordea el río.

Anochecía, el agua del río, pesada, muy crecida, amarillenta á causa de las recientes lluvias, chocaba con estrépito contra los arcos de los puentes, donde se veían grandes argollas de hierro. El viento soplabá, paseando los últimos rayos del sol poniente. Todo se animaba del apresuramiento con que mueren los días de París, tan ocupados y tan llenos. Las mujeres salían de los lavaderos cargadas con enormes sacos de ropa mojada y llenas de esos matices sombríos que el agua salpica sobre las telas malas que se calan rápidamente. Los pescadores de caña salían con sus aparatos y sus cestos, rozando con los caballos que otros hombres llevaban al abrevadero. Los que sacan la arena esperaban á la puerta de esas casetas donde les pagan su jornal, y toda esa población de las orillas del río, marineros, cargadores con sus espaldas encorvadas, con sus capuchones de lana, circulaba por la orilla mezclada á otra raza, astuta y terrible, ladrones, merodeadores y especuradores del Sena capaces de sacaros del río por quince francos y de tirarlos á él por cuatro cuartos. De vez en cuando, entre aquellos hombres, había alguno que se volvía para ver pasar aquel uniforme de colegial que tanta prisa llevaba y que tan pequeño parecía en aquel paisaje grandioso de las orillas del Sena.

A cada paso, la fisonomía del ribazo variaba. Aquí aparecía negra y unida por enormes tablas flexibles á lanchones cargados de carbón. Más allá, los pies resbalaban sobre cáscaras de fruta, y un gusto fresco de huerta se mezclaba al olor de cieno, y bajo los grandes toldos entreabiertos de los barcos amarrados al mue-



lle, grandes montones de manzanos conservaban el brillo y la hermosura de sus campesinos colores.

De pronto experimentábase la impresión de un puerto de mar; veíase un amontonamiento de mercancías de todo género, de vapores de chimeneas cortas y sin humo. Era agradable el olor del alquitrán, de la hulla y el viaje. Poco después el espacio se estrechaba, un grupo de árboles corpulentos metía en el agua sus viejas raíces, y cualquiera podía creerse á veinte leguas de París, ó tres siglos atrás.

Desde aquella baja calzada, la ciudad tomaba una fisonomía particular. Las casas parecían más altas desde toda la profundidad de su reflejo, los transeúntes, más numerosos, apretados por la distancia, y veíanse filas de cabezas apoyadas en los parapetos de los muelles ó de los puentes, sobre codos perezosamente apoyados en la piedra. Parecía que todos los rincones de París, los desocupados, los aburridos, los desesperados, dirigían su muda contemplación á aquellas aguas cambiantes como un sueño, pero también tan desesperantemente uniformes como la más triste vida. ¿Qué problema arrastra esa agua viva, para que tantos desgraciados la contemplen en actitudes tan descorazonadas, estúpidas y tentadoras? . . . .

Cuando se detenía para tomar aliento, parecía á Jack que todos aquellos ojos lo observaban, lo vigilaban, lo perseguían y pronto echaba á correr otra vez.

Pero la noche avanzaba.

Los arcos de los puentes se oscurecían y semejaban negros agujeros; el ribazo iba quedándose desierto, iluminado solamente por esa luz vaga que se desprende del agua, por sombría que sea. De las casas del muelle

lle no se veía ya más que la cresta, el final de los tejados y chimeneas y campanarios, cada vez más negros; y las sombras del aire uníanse á las nieblas del agua en una línea pálida, borrosa, en la cual los primeros faroles encendidos, las luces de los carruajes, brillaban como un resto de día.

Sin que el niño lo advirtiera, el pretil que subía insensiblemente y se ensanchaba al mismo tiempo, lo condujo á un ancho muelle á nivel del ribazo, del cual lo separaban algunos guardarruedas nada más. Allí, el gas alumbraba camiones que entraban por enormes portales, donde rodaban barricas y pipas con gran estruendo; y de aquellas enormes puertas cocheras, de aquellos almacenes, de aquellas cuevas, de aquellos millares de barricas alineados en el muelle, subía un olor de vino mezclado al olor á mohó que se desprende de la madera húmeda.

Era Gercy. Pero al mismo tiempo era de noche completamente: Jack no lo echó de ver en seguida.

El tumulto del muelle lleno de luz; el Sena, ancho en aquel sitio como una rada que envía á una y otra orilla sus reflejos, le daban la ilusión de la hora nocturna; y luego su pobrecita imaginación, sobreexcitada por la fiebre de la carrera, estaba dominada por el terror de no poder franquear las puertas. Creía que en todas ellas habrían recibido ya aviso de su fuga. Sólo esta idea le preocupaba.

Pero una vez franqueada la barrera sin dificultad, sin que ningún aduanero se hubiese ocupado de él; cuando al dejar el Sena á la derecha, como le había recomendado Agustín, se vió en un camino largo, donde los faroles eran cada vez más escasos, entonces la obscuridad



y el frío de la noche que le caían sobre los hombros, penetraron hasta su corazón con el temblor de un calor frío.

Mientras se vió en la ciudad, entre la gente, tenía mucho miedo: el miedo de que le conocieran y lo detuviesen. Ahora tenía miedo también, pero era de otra clase; un malestar no razonado, aumentado por el silencio profundo y la soledad.

Y, sin embargo, el sitio donde estaba, no era todavía el campo. El camino estaba llena de casas á uno y otro lado; pero á medida que el niño avanzaba, las casas se espaciaban cada vez más, unidas por grandes vallas de tablas, talleres de cantería, depósitos de materiales. Al apartarse unas de otras, las casas disminuían de altura. Algunas fábricas de techumbre baja erguían sus altas chimeneas hacia el cielo color de pizarra; después sólo, entre dos solares, un inmenso edificio de seis pisos se levantaba agujereado de ventanas por un lado, sombrío y cerrado por las otras tres fachadas, perdido en medio de terrenos vagos, siniestro y estúpido. Pero, como si aquel último esfuerzo hubiese agotado ya sus fuerzas, la ciudad que allí acababa, no presentaba ya más que casuchos pobretones, casi á flor de tierra.

La calle parecía morir también; ya no tenía ni aceras, y los dos lados se hallaban unidos por el arroyo. Todo aquello parecía una carretera que al pasar por un pueblo se convertía en calle real, en el trayecto de unos cuantos metros.

Aun cuando eran escasamente las ocho, aquella extensa vía, que se perdía allá en la obscuridad, estaba silenciosa y desierta ó poco menos. Los poquísimos transeuntes caminaban sin hacer ruido, sobre la tierra

removida y llena de charcos; tropezaba uno sin verlas, con sombras silenciosas que se escurrían por el lado de las empalizadas, que se encaminaban sin duda á quehaceres misteriosos; y, como para hacer el espacio más ancho, el silencio más terrible todavía, de vez en cuando, en los corrales de las fábricas desiertas, ladraban algunos perros.

Jack estaba emocionadísimo. Cada paso que daba lo alejaba de París, de su ruido, de sus luces, y lo hundía más y más en la obscuridad y en el silencio. En aquel momento llegaba al último casucho, una tabernilla todavía alumbrada y cortando la carretera con una ancha faja luminosa, que al niño le parecía el límite del mundo habitado.

Después de aquello, lo desconocido, las sombras.

—¿Entraré aquí á preguntar por el camino? se decía mirando á la tienda. Desgraciadamente no llevaba ni un céntimo en el bolsillo. . . . El tabernero roncaba sentado detrás del mostrador. Alrededor de una mesilla coja, dos hombres y una mujer bebían, apoyados de codos en ella y hablando en voz baja. Al ruido que hizo el niño al empujar la puerta entreabierta, levantaron la cabeza y lo miraron. Tenían rostros siniestros, lívidos, terribles; rostros como aquellos que Jack había visto en las prevenciones de policía, por las mañanas cuando buscaban á Madú. La mujer, sobre todo, estaba terrible.

—¿Qué quiere este otro?—dijo una voz chillona.

Uno de los hombres se levantaba; pero Jack se escapó asustado; flanqueó de un salto el espacio iluminado por la claridad que salía de la tienda, oyendo á sus espaldas una porción de injurias y el ruido de la puerta



al cerrarse de nuevo. Precipitado como un loco en aquella obscuridad siniestra que ahora le parecía un refugio, corría á todo correr, y no se detuvo hasta mucho tiempo después, en medio del campo.

A lo lejos, á derecha é izquierda, se extendían campos y campos, que por todas partes parecían tocar la línea del horizonte.

Algunas casitas de camineros, bajas y nuevas, que parecían cubiletillos blancos diseminados por aquella obscuridad de tinta, era lo único que rompía la monotonía de la vista.

Allá lejos, París seguía sus tareas de gran ciudad, todavía perceptible á aquella distancia, y animaba un punto del cielo iluminado con un reflejo que parecía una fragua. Desde todos los alrededores se conoce á París en aquella súbita luz, envuelta, como ciertos astros, en la atmósfera deslumbrante de su propio movimiento.

El niño estaba inmóvil, aterrado.

Era la primera vez que se veía fuera de casa tan tarde y solo. Además, no había comido ni bebido nada desde por la mañana, y tenía una sed ardiente, devoradora. Ahora empezaba á comprender lo terrible de la aventura en que se había metido. Acaso se equivocaba y caminaba en dirección opuesta al deseado y lejano Etiolles. Y admitiendo que fuera en buena dirección, ¡cuántas fuerzas necesitaría para llegar hasta el final!

Entonces se le ocurrió la idea de acostarse en una de las cunetas abiertas á un lado y otro de la carretera, y dormir allí mientras llegaba el día; pero al acercarse á la cuneta, oyó á su lado respirar pesadamente. Un hombre estaba allí tendido, apoyada la cabeza en un

montón de piedras, y formando una masa de harapos confundidos entre lo blanquecino de los guijarros.

Jack se detuvo petrificado, con las piernas destrozadas, temblorosas, incapaces de dar un paso más ni atrás ni adelante.

Para colmo de susto, aquella cosa empezó á moverse, á gemir, á estirarse en sueños.

El niño recordó la mirada sangrienta de la mujer de la taberna, aquellas caras patibularias que rondaban por las afueras de París; se dijo que "aquello" que dormía" debía de tener una de aquellas caras innobles, y temblaba de pensar que se abrieran aquellos ojos cerrados, que se levantara aquel cuerpo abandonado, con los zapatos hacia adelante, sobre el barro de la carretera.

Toda la obscuridad se llenaba para él de aquellas aterradoras larvas. Se arrastraban por el fondo de las cunetas y le cortaban el paso; con solo alargar la mano á un lado ú otro, parecía que las hubiera tocado.

¡Ah! Sí, aquel miserable caído sobre aquel montón de piedras para encubrir su vino ó su crimen, habría podido despertar, abalanzarse sin que Jack tuviese fuerza ni para dar un grito. . . .

Una luz y el ruido de unas voces que venían por la carretera, lo sacaron súbitamente de su abatimiento.

Un oficial que volvía de prisa al fuerte donde estaba de guarnición, uno de esos fortines destacados en los alrededores de París, caminaba al lado de su ordenanza, que había salido á su encuentro con un farol, á causa de la obscuridad de la noche.

—¡Buenas noches, señores!—dijo el niño con voz dulce y temblorosa de emoción.